

adquirido 155 tanques soviéticos, lo que técnicamente hacía de ese país una base de la Unión Soviética en América Latina” Lo especioso de la argumentación no requiere mayores comentarios. Pero es sugestivo que a continuación, Howe anota que mientras Estados Unidos fue el principal proveedor de armas a los países hispanoamericanos durante la II Guerra Mundial y las dos décadas siguientes, el Congreso de Estados Unidos puso término a esas ventas a mediados de los años 60, por lo que ocuparon su lugar países como Gran Bretaña, Francia y Alemania Federal: así entre 1967 y 1972, los latinoamericanos sólo destinaron a Estados Unidos un 13 por ciento de sus compras de armamentos.

Lo que importaría pues, no es cuánto invierten los países latinoamericanos en armamentos, sino dónde. Hace algunos años, el senador J. William Fulbright declaraba con malhumor que cada vez que el Senado de Estados Unidos se abocaba al tratamiento del presupuesto anual de la Secretaría de Defensa (Pentágono), en ciertos diarios aparecían “revelaciones oportunas, pero sin firma ni procedencia responsable”, denunciadores de la instalación de bases para submarinos soviéticos en Cuba, o del crecimiento intempestivo del potencial nuclear y balístico de la URSS. “Se está convirtiendo en una historia aburrida, por lo repetida” – aseveró.

La semejanza no resulta ociosa, si pasamos revista a cualesquiera de las publicaciones castrenses especializadas en armamentos, tales como **Aviation Magazine**, **Aviazione e marina**, **Soldat und Technick** o a los recientes anuncios a toda página de la **Bell Helicopter** a favor de su “última maravilla”, el Cobra, integrante del “equipo OH-58 de la familia Bell. Parece la publicidad de cigarrillos o de artículos de tocador, o, en los casos más inteligentes, de automóviles Porsche o Jaguar. La empresa estadounidense McDonnell, por ejemplo, destaca: “El Panthom destruye un puente con uno de sus rayos Bull-pup, y una plataforma lanzamisiles con el otro”. La alemana Rheinmetal recuerda que “hace más de 70 años fabrica armas, sistemas de armamentos y municiones” y sintetiza con la alegre desaprensión de los tiempos de Hitler: “El progreso a través de la experiencia”. Y una empresa francesa pondera su producción de automóviles con ametralladoras Panhard, “que funciona maravillosamente en cualquier clima y latitud, como lo comprueban los quince países que los utilizan”.

Habrà, pues, explicaciones para todos los paladares. En el caso de los vendedores de armas, cada gobierno considera su propia industria como instrumento de la política exterior. Para los especialistas y técnicos, la exportación de armas en un medio para disminuir su costo unitario. Pero sea lo que fuere, toda industria bélica termina por ejercer influencia sobre la política del país que las produce. Así lo advirtió alguien tan insospechable como el presidente Dwight D. Eisenhower, cuando en su célebre discurso de despedida, del 20 de enero de 1961, previno contra el creciente poder de lo que denominó “Complejo Militar-Industrial”. Y se refería no al de los europeos, sino al de su propia parte, Estados Unidos.